

URBE Y ORBE

Arturo González González

Trump o el colofón de una hegemonía

En geopolítica, dominio no es lo mismo que hegemonía. Mientras que en el primero se abusa de la gran capacidad de poder coercitivo para imponer condiciones, en la segunda se privilegia el ejercicio de un liderazgo político y económico para motivar e, incluso, inspirar a otros a compartir visiones y decisiones. Como muchas potencias anteriores, Estados Unidos de América saltó a la cúspide del mundo -a mediados del siglo XX- como una hegemonía construida a partir, primero, de su prestigio político y su fortaleza económica y, después, de su poderío militar. Pero hoy las cosas han cambiado. Con ningún otro presidente había sido tan evidente como lo es hoy con Donald Trump que Estados Unidos se encuentra en una fase de dominación sin hegemonía. Es decir, con un prestigio cada vez más agotado y con fuertes rivales en todos los campos -industrial, financiero, tecnológico, militar y espacial-, y de la mano de un magnate propenso a la megalomanía y mitomanía, la potencia americana ya no se interesa en motivar o inspirar, sino sólo en imponer y dominar. No es que antes Estados Unidos no velara por sus intereses, siempre lo ha hecho. El cambio está en las formas, sí, pero también en el fondo de la ecuación. Si anteriormente promovía un multilateralismo afin a su ideología, secundado siempre por otros países aliados, hoy la vía unilateral se ha impuesto como marca en la Casa Blanca.

Este fenómeno no es algo nuevo y tiene su origen en el desgaste que todos los imperios sufren tarde o temprano en el ejercicio de su liderazgo. El mundo bipolar de la Guerra Fría brindó a Estados Unidos la posibilidad de aglutinar a buena parte del mundo en torno a sus propios ideales prioritarios de libre comercio, empresa privada, consumo y liberalidad, en contraposición con el bloque socialista: igualitario, de economía dirigida, y de libertad y consumo restringidos. El colapso de la Unión Soviética, su acérrimo rival, le permitió intentar un nuevo orden unipolar basado en su visión y principios, y coordinado con las instituciones multilaterales impulsadas tras la Segunda Guerra Mundial. Pero muy pronto ese nuevo orden enfrentó grandes desafíos, como el terrorismo internacional, el cual creció al amparo de la acción u omisión del gobierno estadounidense y terminó golpeando como nunca, al inicio del presente siglo, a la potencia americana. Las acciones mili-

Este fenómeno no es algo nuevo y tiene su origen en el desgaste que todos los imperios sufren tarde o temprano en el ejercicio de su liderazgo. El mundo bipolar de la Guerra Fría brindó a Estados Unidos la posibilidad de aglutinar a buena parte del mundo en torno a sus propios ideales prioritarios de libre comercio, empresa privada, consumo y liberalidad, en contraposición con el bloque socialista: igualitario, de economía dirigida, y de libertad y consumo restringidos. El colapso de la Unión Soviética, su acérrimo rival, le permitió intentar un nuevo orden unipolar basado en su visión y principios, y coordinado con las instituciones multilaterales impulsadas tras la Segunda Guerra Mundial.

tares ilegítimas en Irak, Afganistán, Libia y Siria de la era Bush Jr. y Obama, que terminaron todas en desastre, causaron una herida mortal a la credibilidad de la hegemonía norteamericana. Sus propios aliados cuestionaron abiertamente las razones de las intervenciones, cosa que antes no ocurría.

En el plano económico, la crisis de 2009 exhibió como nunca las fallas del modelo de desregulación financiera impulsado por el neoliberalismo económico, hasta entonces bandera principal del gobierno de Estados Unidos y su aliado el Reino Unido. La promesa de la riqueza en cascada que tarde o temprano fluiría a la base de la pirámide poblacional no se cumplió. Al contrario, los ricos se hicieron cada vez más ricos y la brecha con los pobres se volvió insalvable. Mientras tanto, en Eurasia surgía silenciosamente una nueva potencia, China, y otra, Rusia, se recuperaba y rearmaba bajo la lógica de un nuevo nacionalismo. Donald Trump, más consecuencia que causa de la situación mundial actual, representa la visión de aquellos que en Washington creen que el orden global de posguerra sirve hoy más a países como China y Rusia que a sus propios patrocinadores iniciales. Y para sumar votos, se han valido de una retórica del miedo, reactivando viejos fantasmas, como el racismo, la xenofobia y el ultranacionalismo, azotes que se están convirtiendo en una especie de epidemia, en un mundo que se transforma y mueve más rápido que las capacidades de acción y reacción de los gobiernos.

La impronta de Estados Unidos con Trump ya no es más el multilateralismo, y ante sus límites materiales e ideológicos para mantener un orden unipolar, la nueva vía a seguir es el unilateralismo o, a lo sumo, el bilateralismo ajustado a la consigna aislacionista del "America First". En esta lógica no resulta extraño que la China "comunista" de Xi Jinping, en su ascenso imparable a la cúspide económica, defienda los organismos y acuerdos multilaterales, en un afán por mostrarse como quien puede llenar el vacío que está dejando el repliegue estadounidense. Pero lo que Pekín busca en realidad, junto con Moscú, es el reconocimiento de un mundo multipolar, en donde cada potencia pueda gozar de su área de influencia regional -o espacio vital- sin injerencia de otras, para luego dar el gran salto.

Hasta la llegada de Xi Jinping a la presidencia de la República Popular, China se concentró en expandir su Producto Interno Bruto (PIB) convirtiéndose en el taller del mundo dentro del marco de una economía dirigida por el Estado, sin mayor pretensión política internacional. Pero ahora las cosas han cambiado y además de mantener el objetivo de superar a Estados Unidos como la mayor economía del mundo con su plan Hecho en China 2025, Pekín ha desplegado una estrategia de liderazgo comercial global conocida como la Nueva Ruta de la Seda. La fórmula del capitalismo estatal chino se ha erigido en una alternativa al capitalismo privado occidental, y en la que, con una postura multipolar, pugna por no exigir a los demás

países ajustarse a una ideología o filosofía política determinada.

Este marzo se cumplen 10 años de la redacción del posfacio a la segunda edición de El largo siglo XX, de Giovanni Arrighi, en el que el autor plantea tres rutas que pudieran seguir a la debacle de la hegemonía estadounidense. La primera de ellas sería la aceptación de la potencia americana de su pérdida de liderazgo internacional y el reconocimiento de nuevos poderes dentro de Occidente, como la Unión Europea, con los cuales estaría dispuesta a negociar y colaborar para construir una especie de imperio mundial de principios occidentales. La segunda sería el establecimiento de la primera economía de mercado global de capitalismo no privado y centrada en Asia Oriental, en la que el paradigma del desarrollo pasara de la lógica de mucha riqueza para relativamente pocos a la de relativamente poca riqueza para muchos. Y la tercera sería la vía de una resistencia estadounidense traducida en dominación, ya lejos de la hegemonía, lo que provocaría un largo período de caos sistémico en el que el riesgo de una conflagración a gran escala, como las vividas en las pasadas transiciones hegemónicas, se incrementa cada día.

La guerra comercial y tecnológica iniciada por Trump contra China; el inicio de una nueva carrera armamentista entre Washington, Pekín y Moscú; los golpes a las instituciones y acuerdos multilaterales, como los tratados comerciales, climáticos y nucleares; la promoción abierta del nacionalismo desde el principal centro de poder del mundo, y la amenaza abierta como principal recurso "diplomático", como en el caso de Venezuela, Corea o Irán, apuntan a que el gigante norteamericano ha optado, por ahora, seguir la tercera ruta, es decir, la de prolongar el caos en un sistema hegemónico agonizante e incrementar el peligro de un conflicto de magnitudes nunca antes vistas. Frente a este panorama oscuro, las apuestas de contrapeso tendrían que venir no sólo de China, sino también de la Unión Europea, con gran fortaleza económica, aunque no política; Rusia, militarmente poderosa, y los nuevos países emergentes, entre ellos el nuestro, México. Veamos si están dispuestos a hacerlas, cuánto tardan en plantearlas y cómo logran afianzarlas. De ello depende el futuro del mundo.

Twitter: @Artgonzaga
Correo-e: agonzalez@grupopunto.net

JAQUE MATE

Sergio Sarmiento

Baja calificación

"Hay ventajas por ser electo presidente. Al día siguiente de ser elegido, mis calificaciones de prepa fueron clasificadas como secreto máximo."

RONALD REAGAN

Ninguna agencia ha bajado todavía la calificación crediticia de México, pero las advertencias ahí están. El 1o. de marzo S&P se convirtió en la segunda calificadora en reducir la perspectiva del país de estable a negativa, ya que Fitch Ratings lo hizo tras la cancelación del aeropuerto de Texcoco. México sigue teniendo grado de inversión, lo que significa que los fondos de pensiones pueden seguir comprando deuda mexicana; pero hay una creciente posibilidad de que se reduzca la calificación y México pierda ese preciado grado.

S&P califica la deuda mexicana de largo plazo en moneda extranjera como BBB+ y la de corto plazo como A-2. A la deuda en pesos la define como A- y A-2. La empresa, sin embargo, advirtió el viernes pasado: "Revisamos la perspectiva de las calificaciones de largo plazo a negativa de estable. La perspectiva negativa refleja nuestra opinión de que potencialmente mayores pasivos contingentes y una menor previsión de crecimiento económico podrían erosionar el perfil financiero del soberano, de tal forma que esto podría llevarnos a bajar la calificación."

El gobierno descalifica a las calificadoras. Es el mismo régimen, después de todo, que quiere eliminar las evaluaciones a los maestros. Una baja de calificación, sin embargo, elevará las tasas de interés de la deuda vigente y hará más costosa la obtención de nuevos créditos.

El anuncio de S&P llegó acompañado de otras informaciones preocupantes. Los ingresos presupuestarios en enero de 2019 fueron de 448 mil millones de pesos, 7.5 por ciento menos que en el primer mes de 2018. La principal razón fue una fuerte caída, de 52.3 por ciento, en los ingresos petroleros. Mientras tanto, la deuda pública subió 3.8 por ciento en términos reales, de 9.97 a 10.8 billones de pesos.

La bolsa y la cotización del peso siguen estando razonablemente estables. Sin embargo, el índice de precios y cotizaciones sufrió la semana pasada cinco sesiones consecutivas a la baja, con una caída de 2.56 por ciento, la más fuerte desde

El gobierno descalifica a las calificadoras. Es el mismo régimen, después de todo, que quiere eliminar las evaluaciones a los maestros.

noviembre. El peso en ventanillas bancarias pasó de 19.45 a 19.60 por dólar. No es un ajuste excesivo, pero es también una advertencia. El Banco de México redujo en seis décimas su proyección de crecimiento para este 2019, de 1.7-2.7 a 1.1-2.1. No es inusitado que el ritmo baje en un cambio de gobierno, pero en este caso las razones son más de fondo. La cancelación del nuevo aeropuerto de Texcoco ha suspendido el proyecto de inversión productiva más importante en el país, a un costo enorme, sin que la opción de un sistema de tres aeropuertos sea considerada sensata por los especialistas. "La decisión de abandonar el nuevo aeropuerto dificulta el desarrollo de aerolíneas y también tiene un impacto en toda la economía mexicana", según Alexandre de Juniac, director general de IATA, la Asociación de Transporte Aéreo Internacional. Se ha generado, por otra parte, una oleada de huelgas y emplazamientos que buscan aumentos salariales de 20 por ciento o más. Esto detiene las nuevas inversiones.

La principal preocupación de las calificadoras es determinar si el país puede seguir pagando sus deudas; para esto es indispensable saber si puede seguir creciendo a un ritmo razonable. El gobierno afirma que se logrará una tasa de 4 por ciento al año. Ojalá. De momento, sin embargo, las circunstancias sugieren que se avecina una desaceleración.

WALMART

Una organización que representa a alrededor de 8 mil trabajadores de Walmart, de más de 200 mil en total en México, ha emplazado a huelga a la empresa en demanda de un aumento salarial de 20 por ciento. De concretarse, la huelga podría tener consecuencias muy negativas para la economía nacional.

Twitter: @SergioSarmiento

El poder ante la nada

No hay más brújula que la presidencial. No hay en el país otro instrumento de orientación pública. Todos nos ubicamos en el espacio a partir de las señales que de ahí surgen. Todos viéndolo a él. Escuchándolo a él. Alabándolo o condenándolo. Reaccionando a lo que él dice y deja de decir: Sus ceremonias son, sin duda, eficaces: el presidente es el único generador de sentido. Ahí el norte y sur, el pro y el contra.

Su presencia es abrumadora. Todos los días se hace sentir su poder. Más que como poder de decisión se presenta como un poder de fabulación: el presidente convertido en el gran narrador que todas las mañanas no relata el cuento que somos. El poder se ubica en la voz de un hombre que no ha guardado silencio un solo minuto. El presidente habla y parece que solo el presidente tiene voz. Si alguno de los suyos habla es bajo la severa vigilancia del presidente. Al hablar, sus ministros sienten la respiración del jefe en el cuello. Sin descanso, la voz presidencial denuncia los horrores del pasado y celebra las maravillas del futuro inminente. Anuncia programas, aplaude la nueva era de México, señala a los traidores, da consejos de crianza, predica, extrae lecciones de la historia, insulta, se burla de los otros y los consuela. Todos los días, la voz del presidente. Y frente a esa voz, la nada.

De esa nada hay que hablar. De la nada en que se convirtió la oposición desde julio. De la nada que nada ha entendido desde entonces. De esa nada que hoy nada propone. De la nada que se empeña en ser menos.

El vacío de la oposición es la marca más preocupante de la nueva política. El problema que enfrentamos no es la aparición de un gobierno mayoritario. Tener un gobierno que tenga el respaldo de la mayoría de los votantes y el apoyo de legislatura puede tener sus ventajas: despeja el terreno para las decisiones, aclara la responsabilidad, alienta, en principio, la eficiencia. La formación de un gobierno mayoritario permite escapar de la política de los vetos, esa que con tanta facilidad se convierte en política de atascos, extorsiones y complicidades. Pero aún un gobierno de despejada mayoría necesita una oposición sóli-

da que se prepare para el relevo. Una oposición atenta, capaz de ofrecer alternativa y dispuesta a señalar errores y abusos. Una opción que exponga a la opinión pública otra manera de entender la política, que ofrezca otro relato, que dibuje otra posibilidad.

No se ve por ninguna parte esa alternativa que haga sombra al gobierno, que siga con atención sus pasos para hacer públicos sus tropiezos, que le dispute al gobierno el monopolio del relato público. No hay oposición que vigile, que explique, que cuestione, que destaque y que critique. No se escucha la voz de las oposiciones y si aparece de pronto, resulta irrelevante. Las minorías siguen, al parecer, lamiéndose las heridas de julio. Saben bien que, en buena medida, se provocaron su propia desgracia y no se atreven a afrontar su propia crítica. Quisieran pasar página, pero no podrán hacerlo si no encaran la responsabilidad que les corresponde. Por ello no pueden levantar la cabeza. Por ello siguen pasmadas. Despietadas y disminuidas, se esconden en sus sótanos. La única esperanza que tienen es llegar a cosechar el error de los otros. No encuentran más palabra que el lugar común. La frase gastada, el lema hueco. Temen el aire libre, les aterra el futuro. Continúan pagando la cuenta de sus despropósitos y no logran dar el salto al presente. Las oposiciones saben bien que los votos no solamente les quitaron poder. La derrota de julio no fue una derrota ordinaria. El castigo sumió a los partidos tradicionales en la más profunda crisis de identidad de su historia. Se trata de una crisis de sobrevivencia. No exagero. Los interrogantes son complejos: ¿cómo reinventarse en el nuevo régimen? ¿Cómo lidiar con un liderazgo tan potente y tan disruptivo como el de López Obrador? ¿Qué hacer con el pasado propio? ¿Cómo encarar el magnetismo de la nueva hegemonía? ¿Hay espacio para la reforma o es necesario disolverse para inventar algo nuevo?

Lo cierto es que murió el sistema de partidos. Murieron los defectuosos equilibrios de la transición. Tenemos frente a nosotros a una nueva mayoría con ambición hegemónica. Una situación de partidos que, por imbatible que parezca ahora, no podemos dar por consolidada.

Jesús Silva-Herzog